



Agradecida a Dios por la mesa

DINARA,* DE SIETE AÑOS, ENFURECIÓ sin querer a su madre durante la cena. Tras apartar la mirada de su plato de macarrones con cebolla refrita, había tocado con un dedo la mesa de madera en la que comía.

–Mami, ¿sabías que Dios nos dio esta mesa? –le preguntó.

Su madre se mostró confundida.

–¿De qué estás hablando? –le respondió. ¡Lo que dices es un completo disparate! Tu padre trabajó arduamente y compró esta mesa en la tienda. Deja de actuar como una niña tonta.

Pero Dinara insistió.

–No, mami. Me dijeron que fue Dios quien lo hizo –dijo.

–¿Y quién te dijo eso? –le preguntó su madre, que al igual que la mayoría de la gente de su país, no era cristiana-. ¿Dónde y cuándo escuchaste que Dios nos dio esta mesa?

Dinara le explicó que ella y los demás alumnos de primer grado habían aprendido sobre la bondad en la escuela pública. La maestra, que era adventista, les había hablado de Dios durante la clase.

–Todo lo que tienen en sus casas proviene de Dios –les había dicho la maestra-. Y deberían agradecerle por habérselo dado.

Dinara pensó que compartir aquel descubrimiento con su madre sería algo positivo, pero su madre la regañó, furiosa, por no respetar a su papá, que había trabajado duro para comprar aquella mesa.

–Mañana iré a la escuela para averiguar por qué les están hablando de Dios –dijo.

Al día siguiente, la madre de Dinara creó un gran revuelo en la escuela e incitó a otros padres a hacerlo también. Entonces, el director de la escuela les prometió que nadie

volvería a mencionar a Dios en las aulas.

Aquel alboroto dejó una profunda impresión en Dinara que, aunque no volvió a oír hablar de Dios en la escuela, no podía dejar de pensar en él.

Nueve años después, la familia de Dinara compró una casa nueva. Ya ella tenía dieciséis años y encontró en aquella casa una Biblia para niños hecha pedazos. A aquel libro azul claro le faltaban más de la mitad de sus páginas, pero Dinara leyó las que quedaban con gran interés. No entendía mucho lo que leía, pero sabía que hablaban de Dios y anheló en su corazón poder leer toda la Biblia.

Tres años después, Dinara comenzó a estudiar inglés en una universidad adventista y una de las profesoras la invitó, junto con otros estudiantes, a una reunión un sábado.

Dinara fue a la reunión y le pareció muy interesante. Los asistentes oraron, leyeron la Biblia y cantaron. Varios extranjeros asistieron a la reunión y Dinara aprovechó para practicar su inglés con ellos.

Durante un tiempo, Dinara continuó asistiendo a las reuniones cada sábado. En ese entonces se casó con un hombre que creía que el sábado era el verdadero día de reposo, y que la acompañaba con agrado a las reuniones cuando no tenía que trabajar. Pero Dinara se sentía cada vez más incómoda. Sentada en una de las reuniones un sábado, de repente pensó:

¿Estaré haciendo lo correcto? ¿Qué hago aquí? Mi familia no es cristiana.

Así que, dejó de asistir a la iglesia. Ella quería seguir concurriendo, pero tenía miedo.

Al ver su lucha, su esposo Nikolai le preguntó por qué no estaba yendo a la

iglesia los sábados y Dinara le explicó su confusión.

–Mis padres creen que no hay otro Dios que su dios –le dijo.

–¿Qué es lo que te asusta? –le preguntó Nikolai–. Solo hay un Dios y no hay ninguna razón para tener miedo.

Dinara le comentó que a su pueblo solo se le permitía leer el libro sagrado tradicional, pero que ella quería leer la Biblia. Entonces Nikolai le mostró que el libro sagrado y la Biblia tenían cosas en común. Pero a Dinara le preocupaba saber que ella debía adorar en el lugar de culto tradicional y no en la iglesia adventista, a pesar de que le gustaban los servicios de adoración.

–Eso no es un problema –insistió Nikolai–. Puedes ir a ambos. Siéntete libre de ir a adorar con los adventistas, nada te detiene.

Dinara volvió a asistir a la iglesia adventista y entregó su corazón a Dios.

Hoy está feliz de poder leer la Biblia y agradece a Dios por darle una Biblia y todo lo que hay en su hogar.

“¡Agradezco todo el tiempo!”, nos cuenta. “Desde el momento en que me levanto hasta unos minutos antes de acostarme, agradezco a Dios por la vida, por la comida e incluso por la mesa que hay en mi casa. Todo lo bueno proviene de Dios”.

Gracias por apoyar la educación adventista en la División Euroasiática con sus oraciones y ofrendas misioneras.

** Los nombres de esta historia han sido modificados para proteger sus identidades. Nuestra protagonista vive en un país al que Misión Adventista ha escogido no identificar debido a las sensibilidades de la región respecto del cristianismo.*